

Roma, 1871

Parpadeó sorprendido por la extraña visión que se ofrecía ante sus ojos. ¿Era posible? ¿No se estaría equivocando? En fin, parecía irreal... Sin embargo, el recién llegado no erraba en su identificación del objeto inmenso que media docena de sudorosos operarios empujaban en un esfuerzo oneroso por sacarlo del edificio. Se trataba de un elefante. Sí, de un elefante africano, de orejas extendidas como si fueran generosos tapices y de colmillos amarillentos y desgastados. ¿Dónde —se preguntó— podrían llevarse aquella bestia diseada y, sobre todo, para qué la guardaban los jesuitas en aquel colegio? ¿Acaso enseñaban a sus discípulos a engañar gobernantes valiéndose del paquidermo? Cualquier cosa era posible con ellos, desde luego... Anduvo todavía una veintena de pasos, pero la desasosegante visión de la abigarrada multitud de cajas acumuladas en el oscuro corredor le dijo que no podía permitirse el lujo de perderse. Se encaminó apresurado hacia uno de los trabajadores sudorosos que movían los desordenados bultos y le dijo:

—Disculpe..., ¿la oficina del *signor* Bandinelli?

Por toda respuesta, el acalorado hombre se encogió de hombros y apuntó el pulgar derecho hacia un punto indefinido situado a sus espaldas.

Levantó la mirada siguiendo la indicación del operario y descubrió a un empleado calvo y enjuto que sujetaba un cuaderno negro en la mano izquierda mientras con un lápiz realizaba anotaciones. Se dijo que debía de ser el encargado de poner algo de orden en aquel maremágnum y que, seguramente, podría ayudarlo. Inclino levemente la cabeza en señal de agradecimiento hacia el que le había dado la indicación y se encaminó hacia el sujeto, que seguía escribiendo.

—Excúseme —le dijo—, ¿dónde puedo encontrar al *signor* Bandinelli?

Con la familiaridad rutinaria que surge de un gesto repetido en multitud de ocasiones, el hombre se colocó el sobado lápiz sobre la oreja y preguntó:

—¿Quién quiere saberlo?

—El *cavaliere* Di Fonso —respondió con sencillez.

—Ya... —dijo a la vez que se llevaba la mano izquierda a la hirsuta barba y se tironeaba suavemente de las guedejas revueltas—. Y ¿por qué lo busca?

La pregunta se le antojó impertinente al *cavaliere*, pero no tenía intención de enzarzarse en una discusión con aquel sujeto.

—Me está esperando. —Y añadió con tono sosegado pero firme—: Con urgencia.

La referencia a lo perentorio provocó que el hombre arqueara de forma casi automática la ceja derecha. Por un ins-

tante, pareció dudar, pero, de repente, se giró y señaló con el brazo derecho hacia un lugar perdido al final del pasillo.

—Vaya hasta esa esquina —dijo—. Tuerza a la derecha y verá una escalerita. Súbala hasta el final, y allí lo encontrará. Si tiene alguna duda, pregunte. Estamos para servir a la patria.

—*Grazie* —dijo el *cavaliere*, y apretó el paso hacia el lugar indicado.

Cruzó la distancia hasta la esquina con temple marcial y, a la vez, con la facilidad airosa que sólo proporciona la práctica de muchos años. Luego subió la escalera a paso ligero, sin que su respiración se viera apenas afectada por el esfuerzo. En cada rincón del breve trayecto, fue observando cajas sin cuento, papeles amarillentos, redomas de todo tipo, peregrinos animales disecados... Todo ello yacía por los suelos en una especie de caos, quizá limitado pero a la par innegable. No dudaba de que, en otro tiempo, aquello había sido un prodigioso museo renombrado por la inmensa cantidad de piezas que albergaba, pero ahora daba la impresión de que estaba siendo desmontado de la misma manera que sucede con el reloj estropeado puesto en manos de un artesano perito en reparaciones. Seguramente, el principal problema consistía en saber dónde iban a colocar todo aquello, porque a él, desde luego, no se le ocurría qué otro enclave podría dar cabida a aquella suma inmensa y heteróclita de las más prodigiosas colecciones.

Vislumbró una puerta grande, a decir verdad, inmensa y hacia ella encaminó sus pasos. Disminuyó el vigor de su caminar ya cerca del umbral y, discretamente, se asomó. A una

mesa cubierta, casi inundada, de papeles de los más diversos tamaños y formas estaba sentado un hombre con manguitos negros relucientes por el uso de años que leía sosegadamente un periódico doblado a la vez que sostenía en la mano izquierda lo que parecía ser un modesto toscano. «¡La tradicional pereza de los funcionarios romanos!», se dijo el *cavaliere* reprimiendo su contrariedad. Claro, que no le cabía la menor duda de que ésa era una de las tantas cosas que iban a cambiar en los próximos tiempos. Se llevó la mano a la boca, emitió una tosecilla de advertencia y cruzó el umbral.

—Buenos días —dijo mientras contemplaba sorprendido que el funcionario no parecía inmutarse ante su aparición—. Desearía ver al *signor* Bandinelli.

Por el gesto de contrariedad del hombre que leía relajadamente la prensa, tuvo la sensación de que, finalmente, había dado con el lugar que buscaba.

—¿Quién lo busca? —indagó el hombre de los manguitos gastados sin soltar el periódico ni el toscano.

—El *cavaliere* Di Fonso —respondió el recién llegado con una voz que pretendía transmitir sensación de autoridad, aunque sin pecar de soberbia—. Me espera... con cierta urgencia.

Con cansina parsimonia, el funcionario dejó descansar el tabaco sobre el borde de un platillo blanco y ligeramente desportillado y apartó con desgana la prensa. Apoyó, a continuación, las palmas de las manos gordezuelas sobre el borde de la mesa y, como si tuviera que realizar un esfuerzo sobrehumano, se puso en pie y apartó el asiento con un movimiento de los muslos embutidos en un pantalón de un desvaído color gris.

Di Fonso le vio dirigirse hacia una puerta lateral, llamar suavemente con los nudillos y esperar hasta que escuchó la orden de *Avanti!* Se introdujo el funcionario en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Hasta los oídos del *cavaliere* llegaron algunos sonidos que interpretó como un intercambio de frases ininteligibles. Se trató de un breve intervalo hasta que emergió una cabeza que dijo:

—Puede usted entrar.

Se hizo a un lado el funcionario y Di Fonso cruzó el umbral. Ante él, alzándose de detrás de una espaciosa mesa, apareció un hombre alto, delgado, de cabellos grises y espaldas un tanto encorvadas.

—¡Bienvenido, *cavaliere*, bienvenido! —le dijo a la vez que esgrimía una sonrisa de rebosante jovialidad que destacaba bajo una nariz poderosa en la que cabalgaban unos lentes.

Luego, volviéndose hacia el funcionario le dijo:

—Paoli, puede usted retirarse.

Obedeció con gesto aburrido el tal Paoli, dejando, al salir, la puerta entreabierta. Bandinelli, con gesto decidido, pero discreto, surcó la distancia que mediaba hasta la salida y empujó la jamba hasta cerrarla. Luego, sin abandonar la sonrisa, tendió la mano a Di Fonso.

El recién llegado pudo percibir con absoluta claridad la manera en que Bandinelli le estrechaba la diestra con los dedos colocados en la forma indubitable del saludo masónico. Sabía ya Di Fonso que su interlocutor había sido iniciado, pero ahora él se lo corroboraba de manera indubitable.

—Acomódese, se lo ruego —invitó Bandinelli a la vez que señalaba un sillón de color vivamente rojo.

Di Fonso tomó asiento y sintió de manera inmediata la comodidad del mueble. Desde luego, era bien distinto de la clase de asientos a los que estaba acostumbrado en los últimos años.

—Bien —señaló Bandinelli a la vez que volvía a situarse al otro lado de la mesa—. He leído sus referencias... No le oculto que son excelentes. Veterano de guerra, convencido patriota, amante de la libertad y *de la luz...*, y culto. Sí, no haga aspavientos. Disfruta usted de una cultura extraordinaria, y eso en estos momentos, en que estamos reconstruyendo una Italia dividida durante siglos, resulta esencial y perentorio.

Bandinelli realizó una pausa y acercó las manos hasta que se juntaron las yemas de los dedos en un gesto que recordaba lejanamente una plegaria. Di Fonso pensó que estaba a punto de anunciarle algo de especial relevancia.

—Verá, *cavaliere* —continuó Bandinelli—, este edificio ha sido durante siglos un verdadero museo de las tinieblas más negras. Lo levantaron los jesuitas con la intención de enturbiar las mentes, especialmente las de los poderosos, y aquí fueron metiendo en un desorden tan grande como el de sus conciencias los objetos más heterogéneos. Se puede usted encontrar lo mismo una jirafa que un libro de magia negra, un tratado de astrología que un breviario. Todo, absolutamente todo, parece estar aquí reunido, juntado, almacenado para someter al pueblo a la oscuridad más profunda. No le descubro nada seguramente si le digo que estamos llevando a cabo una limpieza absoluta. ¿Desearía fumar?

—No —respondió Di Fonso—. Sólo fumo excepcionalmente.

—Bien, bien —alabó Bandinelli, sin que quedara muy claro qué era lo encomiable en la austeridad fumadora de Di Fonso—. Como le iba diciendo, estamos higienizando toda esta alcantarilla de materiales jesuíticos. Los restos de animales van a ir a museos de ciencias naturales, donde se pueda estudiar zoología con seriedad y sin referencias estúpidas a la metafísica. Las obras de arte pasarán a museos donde la gente pueda observarlas y recrearse con ellas como manifestaciones del talento humano, y no como instrumentos del oscurantismo. Los libros..., bueno, los libros exigen un trabajo más a fondo. Hay que discernir qué obras deben ir a parar a bibliotecas, qué otras deben ser examinadas a la busca de datos que nos permitan combatir las tinieblas y cuáles han de ser arrojadas a las llamas porque de ellas no se deriva ninguna, absolutamente ninguna, utilidad. Ahí precisamente es donde entra usted.

Se inclinó levemente Bandinelli hacia la derecha y abrió un cajón. Le pareció a Di Fonso que rebuscaba. Finalmente, al cabo de unos instantes, sacó una caja de madera de caoba labrada. La depositó con cuidado sobre la mesa y procedió a retirar la tapa que la cerraba. Acto seguido, con gesto seguro, extrajo de su interior lo que parecía un conjunto de folios atados con una cuerdecita colocada en forma de cruz. Lo depositó sobre la mesa y, con un suave movimiento de la muñeca que aún sujetaba las páginas, apartó el recipiente a un lado.

—Tengo entendido que en su formación ocupan un lugar destacado sus estudios del Renacimiento.

—He dedicado mis esfuerzos durante años a conocer ese periodo glorioso de nuestra Historia —reconoció Di Fonso.

—Pues entonces —dijo Bandinelli sonriendo— se confirma que hemos elegido al hombre adecuado. Verá, entre los manuscritos que han ido apareciendo por los cajones y estantes más diversos nos hemos encontrado con *esto*.

Di Fonso hizo ademán de inclinarse hacia la mesa, pero Bandinelli levantó la diestra abierta en un gesto cortés de solicitarle paciencia.

—Naturalmente, querrá usted saber de lo que se trata, y se lo voy a explicar. Fíjese bien, *cavaliere*, su misión es examinar este texto y descubrir en qué medida puede favorecer nuestros propósitos de traer luz y progreso a la nueva Italia. Debe usted estudiarlo, insisto en ello, con sumo cuidado. Tanto la persona que lo escribió como la que lo recibió tuvieron una importancia... —se detuvo como si intentara dar con la palabra más exacta— notable en nuestra historia. A decir verdad, es muy posible que nos permita adentrarnos en el corazón de lo que eran en esa época las relaciones entre el papa y el poder político; bueno, con otros poderes políticos para ser exactos, porque el papado contaba con la fuerza política suficiente como para impedir, durante siglos, que Italia se reunificara.

Di Fonso identificó la cita de Maquiavelo parafraseada por Bandinelli, pero se mantuvo en silencio. Sabía de sobra que había personas que gustaban de citar como propias las ideas de otros y, por regla general, no les gustaba que se descubriera.

—Lea usted el texto con cuidado, con atención, con perspicacia. Tome nota de lo que le parezca interesante sobre todo porque sea susceptible de ser utilizado como munición para derribar los baluartes de la barbarie y conseguir que penetre por en medio de sus ruinas un raudal de luz. —Se detuvo un instante Bandinelli, como si se complaciera de su dominio del lenguaje, y finalmente añadió—: Naturalmente, no podrá usted sacar el texto de este edificio. Ni siquiera de la habitación en la que va a trabajar. También tendrá que dejar aquí las notas que pueda ir tomando en el curso de su trabajo. He dispuesto para usted un despacho que está a unos pasos nada más de éste. A él le llevarán la comida de una fonda cercana, pero puede usted ir a dormir a su casa. Confiamos totalmente en usted, pero si lo estima adecuado la cercanía le permitirá consultarme en cualquier momento.

—Se lo agradezco. Lo haré —afirmó Di Fonso.

—Bien —dijo Bandinelli mientras devolvía las páginas al interior de la caja de madera—. Ahora, si no tiene inconveniente, Paoli lo conducirá a su despacho.